

EN BUENAS MANOS

Las catastróficas consecuencias de la gota fría en Valencia tienen también, por duro que sea reconocerlo, un aspecto positivo: la naturaleza nos ha ofrecido un cruel ejemplo de cómo los españoles hemos perdido la más mínima capacidad de seleccionar a los más aptos para dirigirnos. Por dejadez, por ignorancia o por simple sectarismo, hábilmente atizado por décadas de fomento de la polarización, los españoles hemos encomendado nuestras vidas y el futuro de nuestros hijos a grupos manifiestamente incapaces, salvo honrosas excepciones personales, que generalmente sólo acreditan habilidad en la intriga política y en el medro personal a costa del erario público.

A día de hoy, las encuestas más fiables muestran que los dos grandes partidos nacionales tienen una sólida base de votantes que difícilmente reconsiderarán sus posiciones. De ambos grupos saldrá el núcleo de gestores que atienda al gobierno de la nación, con la ayuda de otros apoyos captados en oscuros procesos de negociación, nunca tan expuestos como ahora. Así pues, entre diputados, senadores, próceres autonómicos, diputados provinciales, concejales y toda la estructura de segundos y terceros niveles, podríamos dar por bueno que existen miles de gestores públicos atendiendo a nuestro bienestar. Y al suyo.

Cuentan para ello, como herramienta fundamental, con un extraordinario equipo de forjadores del relato que sustituye la realidad por el sentimiento insuflado, la posverdad. De esta guisa, nos convencen de que lo negro es blanco (o verde), de que los malos son buenos o de que nunca hemos vivido mejor y este continuo correr de ríos de leche y miel es inagotable. Si a su interés conviniera no tendrían dificultad alguna para convencer a sus partidarios de que los pájaros maman, mientras sus detractores negarían, con el mismo ímpetu, incluso su capacidad de volar.

Más hete aquí que la naturaleza es ciega y, por más que el relato intente cambiarlo, las aguas corren hacia abajo, y, como con los incendios, contra las riadas solo cabe la prevención. Sesudos equipos de ingenieros advierten de la necesidad de efectuar obras de canalización en ríos y barrancos, además de presas para regular su caudal, pero eso choca contra el sectarismo ideológico que ya no se sabe si intenta preservar la naturaleza o la miseria. Y no será que el fenómeno de las gotas frías/DANAS/riadas es nuevo en Valencia, donde se sabe que ya los romanos adoptaban todo tipo de precauciones frente a su amenaza.

En fin, ocurrida la desgracia y ante la incapacidad general, por interés político, de actuar inmediatamente para minimizar en lo posible sus efectos, la preocupación de nuestros próceres no se dirige a socorrer con urgencia a los afectados. Su prioridad es convencernos de que la responsabilidad es del otro y es el otro quien no ha actuado con la diligencia debida y quien ha de tomar las decisiones. Eso sí, si necesitan más ayuda, que la pidan. ¡Faltaría más! Y la gente con el agua al cuello y velando sus muertos en la calle y entre el barro tres días. Ni que decir tiene que las responsabilidades propias no existen, salvo que se exijan por vía judicial. Lawfare.

Superada la fase crítica, llega el momento de la reconstrucción, que aparte de una necesidad es una oportunidad de oro para lavar las culpas y mejorar el relato. También de oro por el propio contenido de los contratos necesarios para acometerla. Problema: ¿quién se hace cargo? A falta de datos contrastados, parece que de entre todas las administraciones no sería difícil encontrar políticos profesionales de cualquier especialidad que, además de disponer de la cualificación técnica necesaria, gocen de la confianza de sus jefes. Pues no. Ante el caos, los responsables de

la reconstrucción acuden a un militar en la reserva y, al parecer, le otorgan poderes del mayor nivel en la escala autonómica. Más no se puede pedir.

¿Qué puede aportar un militar en el proceso de recuperación de las zonas afectadas? En este caso, la experiencia del General Gan Pampols como líder del Equipo de Reconstrucción Provincial en Qala-e-Naw, Afganistán, quizá sea aplicable al caso de Valencia, pero seguramente no haya sido esa la razón fundamental de su designación. El general Gan es un militar y, por tanto, además del valor, se le supone honradez, seriedad, rigor, altruismo y grandeza de miras, virtudes difíciles de encontrar en estos tiempos en otros colectivos. De momento, nuestro General acredita su valor aceptando el encargo voluntariamente, porque esta no es una misión militar. No tengo ninguna duda de que acreditará también las otras cualidades, y más.

Como siempre, el enemigo amenaza el cumplimiento de los objetivos, pero esta vez el enemigo está en casa, no respeta las reglas de enfrentamiento y los militares no tenemos mucha capacidad para desenvolvernos entre el fango moral y la charca de las deslealtades. Me temo que envidias, frustraciones por las oportunidades de negocio perdidas y choques de camarillas, van a configurar el ambiente en el que se desarrollará la acción de los encargados de la reconstrucción. Pronto veremos mil maneras de segar la hierba bajo sus pies: recortar presupuestos, escatimar medios, sabotear organigramas, ocultar información... serán algunas de las trabas que habrán de superar en su labor.

Porque, para muchos, el objetivo no será alcanzar la más completa y rápida recuperación de las zonas afectadas. En esta batalla la lucha irá en demasiadas ocasiones de hacer fracasar el intento, en unos casos simplemente para que no triunfe el otro, o porque un militar (un aficionado en fin) no va a venir a poner en evidencia con su éxito la trayectoria de los profesionales. De las víctimas ya hablaremos en otro momento. Como las de ETA.

El panorama es desolador, pero tampoco podemos dejarnos llevar por la desesperanza. Primero porque los propios colectivos políticos concernidos están en la necesidad de redimirse y no todo son garbanzos negros en sus filas. Afortunadamente, hay todavía políticos honrados que sienten la vocación de servicio al interés público, que no es exclusiva de los militares. Tienen aquí una magnífica oportunidad de mostrar mejor condición de la que acostumbran.

En segundo lugar, debemos congratularnos porque en los momentos de auténtica crisis aún se dirigen las miradas a nuestro Ejército, buscando en sus individuos una fiabilidad ya casi olvidada en el panorama político. Si nuestros compañeros triunfan en esta tarea, habrán abierto el camino del rigor y la seriedad a quienes asumen el deber y la responsabilidad de representarnos a todos. Pueden contar con nuestro apoyo incondicional y, siendo suyo el esfuerzo principal, estaremos a su lado protegiendo sus flancos de las acechanzas de quienes buscarán su derrota. De entrada, estamos en buenas manos.

¡Mucha suerte, mi General!

CÉSAR ÁLVAREZ

Coronel GC (R)